más completas: á la claridad, sencillez y concisión de sus exposiciones doctrinales une la fluidez y amenidad del lenguaje que hacen tan atractiva su enseñanza. A veces, sin embargo, y cuando la naturaleza de la materia de que se trata lo requiere, sabe elevar su discurso á la altura de lo grande y de lo sublime; su voz adquiere la enérgica entonación de un orador consumado; sus modulaciones traducían fielmente el estado de su espíritu; dibujábase la inspiración en su noble frente; y en su inteligente mirada, ora brillaba la cólera, ó la indignación cuando increpaba algunos de esos vicios vergonzosos que degradan al hombre, ora se retrataban los patéticos sentimientos que inspira el doloroso cuadro de padres desolados ante la triste perspectiva de la pérdida de un hijo idolatrado..... El Sr. Lucio cautivaba en tales circunstancias á su auditorio, con la magia de su discurso, y tenía á todos los ánimos suspensos como cuando se asiste á la representación de un terrible drama cuyo desenlace se espera con ansia indescriptible. Si á estas cualidades agregamos el profundo conocimiento del maestro en el ramo cuya enseñanza le está confiada, su vastísima experiencia que le permitía señalar á sus discípulos lo que debían aceptar como cierto, útil y práctico de las doctrinas del autor del texto, y hacer las rectificaciones y ampliaciones necesarias tratándose de la patología propia de nuestro país; si agregamos, por último, su rectísimo juicio en la apreciación de las teorías y deducciones prácticas consignadas en los autores, y su intachable moralidad, dicho queda que el profesor y la cátedra de que nos ocupamos, constituían una de las más valiosas joyas de nuestra querida Escuela.

"El Sr. Lucio llevaba á tal grado su celo en el cumplimiento de su deber, que ninguna consideración era capaz de retraerlo de su desempeño, ni aun la de los abusos que pudiera originar el conocimiento de tales ó cuales hechos, que no trataba de ocultar á sus discípulos, contentándose en esos casos delicados con apelar á la conciencia individual, para que ella y sólo ella fuera el dique que se opusiera al mal uso que se haga de los conocimientos que como maestro tenía necesidad de inculcar á los que algún día deben penetrar á la sociedad, cuyos vicios y miserias mal podrían combatir sin conocerlas á fondo. Recordamos que en cierta ocasión, después de una de estas confidencias tan delicadas como ineludibles, el honrado maestro terminó con estas palabras, que deben haberse quedado profundamente grabadas en el ánimo de todos sus oyentes, creyendo, como creemos, que todos ellos tienen en grande estima su dignidad propia y la del elevado sacerdocio á que se han consagrado. Sus palabras fueron éstas: "Yo no debía decir á ustedes estas cosas porque aún son jóvenes; pero á ello me obliga mi carácter de profesor y maestro; el que haga mal uso del conocimiento de estos hechos, encontrará el castigo en la voz de su conciencia." Tan recta y juiciosa manera de proceder en tan difíciles circunstancias, es el mejor elogio que puede hacerse de la estricta moralidad del profesor de patología interna, y de su exquisito tino para cohonestar las atribuciones del maestro y la discreción del hombre de mundo que trata con unos jóvenes, cuando unas y otras parecen hallarse en inminente conflicto."

"Los discípulos del Sr. Lucio, continúa el biógrafo citado ya, han comprendido en todo tiempo el inapreciable valor de sus consejos, concebidos en general en ese estilo aforístico tan accesible y grato á la inteligencia como inmediatamente utilizable en la práctica. Año tras año los más aplicados formaban con ellos un cuaderno que pasa de mano en mano como un código de renombrado crédito, y que figura en la biblioteca de muchos profesores sólidos de la Escuela. los que le conservan como un monumento de gratísimos recuerdos, y confiesan haberle debido no pocos servicios en varios casos angustiados de su espinosa carrera."

A lo ya expuesto, necesario es agregar que el Sr. Lucio gozaba de envidiable reputación, siendo su clientela numerosa: que sus compañeros le llamaban en consulta frecuentemente por su precisión y exactitud en el diagnóstico y en su gran habilidad en la terapéutica; que acudía con igual solicitud á los magnates y á los desheredades; que era modesto en sumo grado, y desinteresado como pocos. Nunca procedía sino en casos extremos y cuando era de todo punto indispensable, á hacer operaciones que pusieran en peligro la existencia de sus clientes, y jamás exageró la gravedad de los enfermos. De exquisito gusto en bellas artes, poseía objetos curiosos é importantes, sobre todo, buenos cuadros, colocándole sus conocimientos en pintura en primer término entre los *amateurs* mexicanos.

Como hombre privado poseía cualidades estimables que hacían de él uno de los mejores ciudadanos. La sociedad mexicana, como dice muy bien el varias veces citado Sr. Ramos, le honra entre sus miembros más insignes; sus comprofesores le respetaban sin ninguna excepción; sus discípulos, repartidos por todos los ámbitos de la República, le amaban sinceramente y honraban su recuerdo; le bendecían los que en sus manos bondadosas y su brillante inteligencia encontraban el consuelo de sus males; sus amigos reconocían la lealtad de su corazón y estrechaban afectuosos su franca mano; la Escuela de Medicina le contó entre sus hijos predilectos, entre los que más realce y esplendor le dieran en nuestro país y en el extranjero; su nombre no es desconocido más allá de los mares, y se le cita con respeto; era el encanto de una virtuosa esposa y de amantísimos hijos; su frente, surcada ya por venerables arrugas, estaba tan pura y apacible como cuando recibía los primeros besos de su amorosa madre en la cuna del recién nacido.

El Sr. Lucio bajó al sepulcro el día 30 de Mayo de 1886.

La presente generación, justa apreciadora de los méritos del eminente doctor, le ha elevado una estatua de bronce en el hermoso paseo de la Reforma.—F. Sosa.

Luch (San Antonio). Finca rústica de la municipalidad y partido de Mérida, Estado de Yucatán.

Luchipol. Finca rústica de la municipalidad y Distrito de Tekax, Estado de Yucatán.

Luemado. Rancho del Distrito de Hidalgo, Estado de Chihuahua.

Lugarda (La). Rancho del municipio de Arriaga, partido de la Capital, Estado de San Luis Potosí.

Lugo. Rancho del Distrito de Iturbide, Estado de Chihuahua.

Lugos. Rancho de la municipalidad y partido de la Capital, Estado de Durango.

Luisa. Rancho de la municipalidad del Rosario, Distrito de Alamos, Estado de Sonora.

Luises (Los). (Véase Cacahuatla.)

Luisillo. Rancho de la municipalidad de Sarie, Distrito del Altar, Estado de Sonora.

Lumbre. Rancho de la municipalidad de Meoqui, Distrito de Camargo, Estado de Chihuahua.

Lumbre. Rancho de la municipalidad de Huacana, Distrito de Ario, Estado de Michoacán, con 27 habitantes.

Lumhuh. Finca rústica de la municipalidad de Ekmul, partido de Tixcocob, Estado de Yucatán.

Luma. Finca rústica de la municipalidad y partido de Ticul, Estado de Yucatán.

Luna (Estero de la). Litoral de la República en el Golfo de California; costa del Estado de Sonora. (Véase Lobos, punta é isla de.)

Luna. Hacienda de la municipalidad de Tapachula, departamento de Soconusco, Estado de Chiapas.

Luna. Rancho de la municipalidad de Huaquechula, Distrito de Atlixco, Estado de Puebla.

Luna (Lo de). Rancho de la municipalidad y partido de Jerez, Estado de Zacatecas.

Luna alta. Rancho de la congregación de Chila Cortaza, municipalidad y cantón de Tantoyuca, Estado de Veracruz.

Luna Vandelmira (Miguel). Teólogo y orador sagrado. Nació en la ciudad de Puebla, é hizo sus estudios en el Seminario Palafoxiano de la misma ciudad, graduándose de licenciado en teología en la Universidad de México. Fué calificador de la Inquisición, y cura y juez eclesiástico de Orizaba. Como orador sagrado debió ser notable á juzgar por las palabras del sacerdote á quien se pasó en consulta un "Elogio de Santa Teresa de Jesús," impreso en Madrid por Manuel Fernández, 1747, 4º En el informe dijo, á propósito del mérito del orador poblano, que "los naturales de la Puebla de los Angeles tienen *siete sentidos y siete entendimientos.*" Hiperbólica en grado sumo será la frase; pero demuestra el gran concepto que del P. Luna se tenía.

Lupona (Punta) Litoral de la República en el Golfo de California; costa oriental de la península del mismo nombre.

La punta de este nombre es la extremidad meridional de la isla del Espíritu Santo, al N. del canal de San Lorenzo, que conduce del E. á la bahía de la Paz.

Dicha punta es baja y arenosa, por consiguiente desnuda de toda vegetación, de la cual sólo hay vestigios ligeros en los cerros que le siguen inmediatamente al N.

Queda esta punta en latitud 24° 35′ N. y longitud 110° 25′ O.; y de ella demoran, el banco de San Lorenzo en el canal del mismo nombre 1 milla al S.E.; el bajo Scout 2¾ al S. S.E ¼ E. y la Punta Arranca Cabellos en la margen meridional de dicho canal 3¾ millas, que es el ancho de éste en esa dirección. (Commander Dewey's remarks on the West Coast of Mexico.)

Punta Lupona se halla situada al S.E. de Punta Bonanza en la misma costa de la isla á 1 milla de distancia de ésta; y la costa intermedia consiste en una sucesión de mogotes acantilados y playas arenosas.

Lusipaco. Rancho del municipio y Distrito de Alamos, Estado de Sonora.

Luventón (San José). Hacienda de la municipalidad de Santa Catarina Panlelhó, departamento de Simojovel, Estado de Chiapas.

Luvila. Ranchería del Distrito de Villa Juárez, Estado de Oaxaca, con 60 habitantes.

Significa en ixtepejano, loma del pozo. Etimología: li, loma; vila, pozo.

Se halla situada á 32 kilómetros S. S.O. de la cabecera del Distrito.

Luvina (San Juan Bautista). Pueblo del Distrito de Villa Juárez, Estado de Oaxaca, con 243 habitantes.

Significa en zapoteco: lugar de la tembladera. Etimología: lohó, lugar; vina, tembladera. En mexicano lleva el nombre de Xochiltenco, que quiere decir: en el borde de las flores. Etimología: xochitl, flor; tentli, borde, labio ú orilla; co, en.

Se halla en la ladera de un cerro á 8 leguas N. de la cabecera del Distrito, y á 25 N. de la capital del Estado. Su clima es templado.

Luvina (Río de). Estado de Oaxaca, Distrito de Villa Juárez; nace á 40 kilómetros al N. de la cabecera del mencionado Distrito, en el paraje de Lachigoli, y sólo recorre 500 metros para internarse en terrenos de aquel pueblo.

Luvionyo (Río). Estado de Oaxaca, Distrito de Miahuatlán; su nacimiento se halla en terrenos de la Libertad; riega y atraviesa primero en la parte del N. y después en la del O. por una curva que hace, y de ahí sigue su curso al S. sin ser aumentadas sus aguas por ningún arroyo hasta juntarse en el lugar nombrado la Bajada con el que viene de Poblete sigue la dirección E.

Luyando (Manuel). Teólogo. Nació en Salvatierra, Guanajuato. Hizo sus estudios en el colegio de San Ildefonso de México, y fué maestro en artes, doctor teólogo, catedrático de retórica y de vísperas de teología en la Universidad, calificador de la Inquisición, capellán del convento de Jesús María, abad de San Pedro, y prebendado de la Metropolitana. Falleció el 14 de Enero de 1752. Escribió y publicó: "El hijo propio de Cristo, San Pedro apóstol," impreso en México por Rivera, 1749; y se conservan manuscritos suyos sobre materias teológicas en varias bibliotecas de México.

Luyando (P. Juan Bautista). Natural de México, de familia nobilísima y descendiente de D. Alonso de Villaseca, fundador del colegio de San Pedro y San Pablo de esta ciudad: habiendo tomado la sotana de jesuita y hecho su profesión el año de 1728, destinó en la renuncia de su patrimonio una parte de él á la fundación de la misión de San Ignacio de Kadakaaman en la Baja California, ofreciéndose además á los superiores para ir en persona á fundarla.

Aceptada en efecto aquella fervorosa promesa, fué enviado á esa península; y habiendo salido de Loreto con nueve soldados á principios del año citado, llegó á Kadakaaman el 20 de Enero.

Los que oyen hoy hablar de las misiones entre las tribus bárbaras, se forman la idea de que semejante ministerio era muy cómodo, muy descansado y aun productivo, y no saben apreciar como se debe el mérito de aquellos apostólicos varones, que por premio de sus grandes fatigas solamente cosechaban sumos trabajos, teniendo á cada momento expuesta su vida por la ferocidad de aquellos indios, que desconociendo los grandes sacrificios que se hacían por enseñarles la religión y proporcionarles las ventajas todas de la vida civilizada, veían en su desinteresado pastor más bien á un contrario que á un verdadero amigo y tierno padre.

La historia de lo que este ilustre jesuita padeció en la misión que él mismo fomentó con su dinero y sirvió con su persona, desengañará al más preocupado de su funesto error, dándole á conocer toda la importancia de este ministerio de los jesuitas, que si como ha dicho uno de sus más encarnizados adversarios, no hubiera sido interrumpido por la inicua pragmática de 1767, hoy contaría nuestra América acaso con un tercio más de su población, sin necesidad de solicitarla del extranjero.

Oigamos un resumen de aquellos apostólicos trabajos.

Llegado el P. Luyando á su misión de Kadakaaman, fué recibido por los indios con grandes demostraciones de regocijo, y en pocos días se le reunieron casi quinientas personas de diversas tribus.

Se principió desde luego al catequismo, aplicándose todos con un empeño extraordinario á aprender la doctrina cristiana; aunque muchos estaban ya bien instruidos por el P. Sestiaga, que algunos meses antes había ido de Mulegé, distante cuarenta leguas, á disponerlos para la nueva misión.

Con tan buenas disposiciones se comenzaron dentro de poco tiempo los bautismos; pero aquel gran concurso de catecúmenos, aunque llenaba de consuelo á su nuevo misionero, le era por otra parte muy oneroso, porque tenía que sustentar quinientas personas por seis meses; y así, para economizar alguna parte de los víveres, licenció siete soldados que no parecían necesarios, quedándose con sólo dos. Estos y sus compañeros, viendo al P. Luyando tan ocupado en la instrucción de los catecúmenos, habían comenzado la fábrica de la iglesia y casa del misionero, y ayudados de los indios que estaban prontos á hacer todo lo que se les mandaba, la habían puesto en tal estado, que en la pascua de Navidad de aquel año se celebró con gran solemnidad la dedicación de la iglesia, consagrada á San Ignacio, de donde tomó el nombre la misión.

Apenas habían pasado dos meses después de la llegada del P. Luyando á Kadakaaman, cuando se le presentó una tribu entera de gentiles, de un país muy distante, á pedir con muchas instancias el bautismo.

"Yo os daré gusto de muy buena gana, les dijo el misionero, con tal que aprendáis la doctrina cristiana y me traigáis los instrumentos supersticiosos de que se valen vuestros guamas para manteneros en el error."

Ellos respondieron que sabían ya la doctrina y que traían para que se quemasen las cosas que servían en los engaños de los guamas, pues no ignoraban que sin estas condiciones no podían ser bautizados.

Admirado el padre, quiso saber cómo habían aprendido la doctrina siendo de un país tan distante de las misiones, y no habiendo visto jamás á ningún misionero.

Aquellos buenos hombres le informaron de que habían sido instruidos por un niño cristiano que con este intento habían hecho llevar á su país.

Efectivamente, los halló tan bien doctrinados, que después de tres semanas empleadas en perfeccionar su instrucción, los bautizó á todos.

Fué también admirable la providencia de Dios para con una joven gentil, sorda y muda de nacimiento. Todos notaban su devoción y perseverancia en acompañar á los cristianos y catecúmenos en los ejercicios de la misa, catequismo, rosario, letanías y procesiones, siendo en todo la primera que se presentaba. Siempre que se bautizaban algunos, se hincaba entre los catecúmenos, y poniéndose la mano en la cabeza, pedía con instancia el bautismo. Había procurado el P. Luyando, tanto por sí mismo como valiéndose de otros, hacerle entender de alguna manera con señas los misterios de la religión cristiana; pero no estando aún satisfecho, no se atrevía á bautizarla, hasta que un día viéndola hincada como solía, y considerando por una parte la inocencia de su vida y el deseo que manifestaba de ser cristiana, y por otra parte, que en razón de faltarle los comunes conocimientos humanos podía ser reputada como párvula, la bautizó por fin. Ella recibió mucho gusto, y no pudiendo expresarle con la voz, los significó con saltos y otras singulares demostraciones de alegría, mirando y señalando el cielo, como si quisiera dar á entender que ya podía ir al paraíso. Después de bautizada no salía de la cabaña que entonces servía de iglesia, y apenas habían pasado dos meses cuando murió con muchos indicios de predestinación.

Estos sucesos alentaban al nuevo misionero no sólo á trabajar en la instrucción de los que venían á Kadakaaman, sino á buscar por todas partes nuevos catecúmenos.

Cierta ocasión en que se le llamó á auxiliar á un neófito mordido de una culebra, fué á caballo acompañado de un solo individuo, y halló una tribu numerosa de gentiles. Como estos nunca habían visto caballos, se espantaron mucho con aquél; pero el padre con sus buenos modales y con algunos regalitos que les hizo les inspiró tanta afición á su persona, que no queriendo separarse de él, no le dejaron dormir en toda la noche. Se estuvo allí también el día siguiente, con el fin de inducirlos, como lo hizo, á que se mudasen á Kadakaaman para instruirse en la religión cristiana.

La docilidad de los cochimíes, junta con su viveza y sus costumbres, contribuyó mucho á los progresos que hizo la misión de San Ignacio así en lo espiritual como en lo temporal. Aquel terreno es uno de los mejores de la California para la agricultura, tanto por la calidad de la tierra cuanto por la abundancia del agua. El P. Sestiaga había preparado oportunamente una parte de él para tapar trigo y sembrar maíz, y la primera cosecha que levantó el P. Luyando fué de casi cien fanegas; pero en el año cuarto levantó hasta mil por haberse aumentado el cultivo con los brazos de los indios, los cuales trabajaban de buena gana, viendo que todo el producto era para ellos, á excepción de la corta cantidad que consumían en sus alimentos el misionero y los dos soldados. El P. Kelen, misionero de Guadalupe, les había llevado pepitas de calabaza y semillas de otras plantas, y les había enseñado el modo de cultivarlas, lo cual le sirvió al P. Luyando para formar una huerta de plantas extranjeras y de las pocas útiles que se dan espontáneamente en la península, y una viña de cincuenta parras, cuyos plantíos fueron tan útiles á la misión, que los neófitos de ella eran de los más acomodados. Además, puso en lugares oportunos un buen número de bueyes y ovejas, para que multiplicándose, pudiesen servir al sustento de los mismos indios. Finalmente, estos fueron congregados en varias poblaciones, y en cada una se fabricó una capilla en que rezasen diariamente sus devociones, y celebrase el misionero cuando fuese á visitarlos, en cuyas fábricas no sólo hizo el P. Luyando de arquitecto, sino también de albañil y de peón á ejemplo de los otros misioneros.

Aunque aquella misión caminaba desde su principio con tanta prosperidad, no por eso dejó de verse afligida por las contradicciones y reveses que suelen acompañar las obras de la gloria divina. Ocho gentiles dieron la muerte á un catecúmeno junto á la casa del misionero, por sólo el motivo, según se creyó, de que éste le estimaba mucho por sus buenas disposiciones para el cristianismo, y fué preciso disimular este atentado en obvio de mayores desórdenes; pero Dios no quiso dejarle impune, pues el año siguiente quitó la vida á todos los culpables en una epidemia que sobrevino.

Los indios de una de las tribus se mostraron tan obstinados, que á pesar de las repetidas exhortaciones é invitaciones del misionero y del ejemplo de las otras, no quisieron en dos años venir á Kadakaaman á instruirse en la doctrina cristiana, y sus ancianos se mantuvieron siete años en su obstinación; pero al fin todos se rindieron á la gracia del Señor.

Es muy natural que los viejos sean más difíciles de convertirse, porque su edad es más indócil á la instrucción, y sus vicios tienen raíces más fuertes y profundas. Esto se observó constantemente, tanto en aquellas misiones como en otras, principalmente si la edad senil estaba acompañada con el oficio de guama, porque entonces la obstinación tenía un nuevo apoyo en el interés.

Al concluir el primer discurso que el P. Luyando les dirigió á los cochimíes anunciándoles los atributos de Dios, los misterios de la Trinidad y Encarnación, el premio de los justos en la gloria, la pena de los pecadores en el infierno, el odio que el demonio tiene á los hombres, y cómo se valía de los guamas para engañarlos, se oyó un fuerte murmullo, y se vió tal inquietud en el auditorio, que el misionero temió por su vida. El motor de esto fué un guama famoso que allí estaba, el cual, aunque no era muy viejo, había adquirido mucho predominio sobre todos por su espíritu y capacidad. Terminado el discurso y despedido el auditorio, el guama convocó á todos los indios á un lugar secreto, y les dirigió otro discurso contrario al del misionero, valiéndose de cuantas razones pudo para impugnarle, siendo la principal, que ellos no habían visto lo que el misionero les predicaba, y que al contrario, no pocas veces habían visto y oído hablar á Fehual, ó sea el espíritu director de las acciones humanas, lo cual era testificado por todos los guamas; y que de niños no aprendían otra doctrina, sino la que les enseñaba Fehual. Al fin añadió que Fehual estaba muy enojado desde que los cristianos habían entrado en el país, y que por este motivo había ahuyentado todos los venados. Este discurso hizo mucha impresión en aquellos bárbaros; porque efectivamente, no se habían visto allí venados desde el establecimiento de la misión de San Ignacio; pero oportunamente llegaron algunos neófitos de Mulegé que habiéndose educado en Loreto eran más cultos, y por tanto más respetados. Estos aseguraron que en las diez leguas que habían andado para llegar á Kadakaaman, habían visto siete venados, de lo cual debía inferirse que el guama era un impostor. Los cochimíes les dieron crédito, y el guama quedó confundido, pero no enmendado.

El P. Luyando le reprendió muchas veces por su vida disoluta, hasta que le movió á solicitar el bautismo, prometiendo enmendarse. No solamente fué bautizado, sino que se le confirió el cargo de gobernador de los indios de Kadakaaman, acaso por obligarle con este honor á ser morigerado. Sin embargo, no tardó mucho en volver más desenfrenadamente á sus vicios; y no bastando á corregirle ni las amonestaciones privadas, ni las reprensiones públicas; reunió un día el P. Luyando á todos los indios, y en presencia de ellos reprendió severamente al gobernador aquellos escándalos; y después añadió, que siendo en él más grave la culpa que en un particular, debía sufrir cuando menos la misma pena que otro culpable. Todos enmudecieron, á excepción de un neófito llamado Tomás, más celoso y atrevido, el cual en voz alta confirmó lo que el misionero decía; y animando á los otros se apoderó del gobernador, á quien se le aplicó el castigo común de azotes, después de haber sido despojado del cargo. Él se enmendó, y por algún tiempo disimuló su enojo; pero á poco tiempo intentó sublevar toda la nación contra el misionero, y varias veces trató de matarle; mas ni lo uno ni lo otro tuvo efecto, y Dios libró, después de algunos meses, al P. Luyando, de un perseguidor tan fiero, y á éste de su perdición, pues fué la primera víctima de la epidemia que sobrevino, muriendo muy arrepentido, y caritativamente asistido y confortado por su padre en Cristo.

Más fácilmente se consiguió la corrección de otro guama, que habiendo pedido el bautismo muchas veces y hallándose entre los catecúmenos sin dejar sus vicios, engañó á una cristiana y se fué con ella al monte. Cogidos los dos por algunos neófitos y llevados á la misión, el padre se contentó con reprender al catecúmeno su delito y amenazarle con el castigo, que en efecto no tardó en merecer con nuevos atentados, por los cuales recibió la pena, aunque ligera. Sin embargo, lo llevó tan á mal, que se huyó al momento, desahogando su enojo en amenazas contra el misionero. Y dirigiéndose al lugar donde pacían las cabras de la misión, mató una prieta, diciéndole al pastor que la mataba para vengarse del padre que tenía el hábito del mismo color, y que lo que entonces hacía con la cabra lo haría bien pronto con su dueño. Como la inquietud entre aquellos bárbaros es contagiosa, se procuró de todos modos haber á las manos aquel sedicioso. Le cogieron efectivamente sus mismos paisanos, y llevándole á Kadakaaman, estuvo preso una noche, y al día siguiente se formó con grande aparato un tribunal en que hacían de jueces los dos soldados de la misión y el indio gobernador, ante el cual compareció el reo en presencia de todo el pueblo, se le hizo proceso verbal, confesó de liso en llano su delito y fué sentenciado á la pena de azotes. La sentencia se comenzó á ejecutar en el momento; mas apenas se le habían dado tres ó cuatro golpes cuando compareció el P. Luyando, que de intento no había querido intervenir en el juicio, hizo suspender el castigo, y suplicó á los jueces perdonasen al reo de cuya enmienda no debía dudarse. Los jueces se dejaron vencer, y el reo quedó de esta manera obligado á la cristiana humanidad del misionero, mudó de vida desde aquel momento, y habiendo sido bautizado, fué después un buen cristiano.

Con el mismo ardid ganó el padre á otro viejo sedicioso que no cesaba de declamar por todas partes contra él y contra los de su nación, que se dejaban engañar por un extranjero que había venido á abolir las antiguas costumbres del país y los usos de sus antepasados. Este también obligado de la gratitud se hizo cristiano, y lo fué verdaderamente hasta la muerte.

En medio de estos sucesos, ya prósperos, ya adversos, se iba diariamente aumentando la misión de San Ignacio, á cuyos progresos contribuyó no poco la natural bondad de los indios, que de facto eran tan buenos que advertían al misionero todo lo reprensible que observaban en sus paisanos para que los corrigiese, y los mismos culpables se le presentaban á pedirle el castigo de sus faltas, aunque fuesen secretas. De esta buena índole se valió el padre para inclinarlos á que compusiesen los caminos de Kadakaaman á cada una de sus respectivas tribus, lo cual importaba mucho para la buena administración. Para alentarlos á este trabajo les prometía premios, y ensalzaba con alabanzas á los que más sobresalían. De aquí nació entre ellos una emulación útil, que hizo ver que no eran estúpidos ni insensibles á los estímulos de la gloria.

Una tribu, habiendo observado que otra la había aventajado en los trabajos del camino, y que por esto debía merecer mayores alabanzas, determinó trastornar su empresa. Como veían que las cartas servían para hablar con los ausentes, y mandarles órdenes desde lugares distantes, tomando un pedazo de papel hicieron algunos escarabajos imitando las letras, y despacharon á los de la otra tribu un correo con aquel papel y una orden verbal del misionero para que suspendiesen sus trabajos y abriesen el camino por otra parte. Estos entraron en sospechas, y volvieron al correo con el papel, diciendo que el misionero no podía haber mandado carta á quienes no sabían leerla; mas el correo instruido por los que le habían enviado, volvió diciendo que el misionero no mandaba la carta para que fuese leída, sino solamente para que sirviese de seña de la orden verbal que él les llevaba; sin embargo, dispusieron que algunos de entre ellos fuesen á Kadakaaman á oir de boca del mismo misionero lo que quería, y de este modo descubrieron el engaño de sus émulos.

La grande enfermedad que hubo el año de 1729 en vez de retardar los progresos de esta misión, le fué muy ventajosa, porque sacó de este mundo algunos guamas de los que más se oponían al cristianismo; y aunque murieron muchos niños y algunos adultos, los que sobrevivieron manifestaron desde entonces más afecto á la fe, porque vieron con sus propios ojos la activa caridad con que su misionero llevaba á los enfermos todos los auxilios espirituales y corporales, trabajando de día y de noche y sufriendo infinitas incomodidades por su salud. Los guamas esparcieron entre los gentiles la voz de que morían todos los que estaban bautizados, y por eso algunos ocultaban sus hijos al misionero, que quería bautizarlos porque estaban en peligro. Mas esta voz fué desmentida por dos neófitos que observaron que en un número igual de gentiles y cristianos enfermos morían más gentiles, y no podía menos, porque los cristianos tenían las ventajas de habitaciones, alimentos más sanos y medicinas de que carecían los gentiles.

Entre los cochimíes que en aquel tiempo abrazaron la religión cristiana, se hizo particularmente digno de memoria y admiración un gentil de la tribu Hualimea en la costa del mar Pacífico. Aunque jamás había visto un misionero, y vivía tan lejos de todas las misiones, habiendo adquirido por medio de unos cristianos algún conocimiento de los misterios de nuestra fe y de la necesidad del bautismo para salvarse, se hizo predicador de sus paisanos, exhortándolos incesantemente á que fuesen á Kadakaaman á instruirse y bautizarse, y prometiendo que él sería el primero en abrazar el cristianismo. Los guamas y los viejos le contradecían, alegando las voces esparcidas de que morían los que se bautizaban; pero él se defendía con buenas razones, y la disputa se acaloró de tal modo que de las palabras pasaron á las manos. Al fin tomó la resolución de ir á Kadakaaman con su familia, asegurando á sus parientes que quería bautizarse aunque fuera cierto que había de morir en el mismo día. Partió en efecto en compañía de su familia y de otros que quisieron seguirle, y habiendo llegado todos á la misión fueron recibidos por el P. Luyando con la estimación y amor que convenía á tan gran fervor. Sus hijos pequeños fueron bautizados aquella misma tarde, por el